

La Mujer vestida del Sol

Contexto de Ap. 12

La mención del "signo" (semeion) -que aparece también en 12,3 y 15,1- da inicio a la secuencia de "los tres signos" (11,15-16,16). La señal de la mujer (12,1) es de signo positivo; la del dragón (12,2) negativo. La tercera es el canto de Moisés y del Cordero, entonado por los vencedores (los mártires que han pasado el mar de la tribulación 15,1). La sección se caracteriza por un enfrentamiento entre la comunidad eclesial y unas fuerzas antagónicas, de carácter corrosivo (el dragón, la primera bestia 13, 1-10), la segunda bestia (13, 11-18). *La historia de la Iglesia se ve sometida alternativamente a una (energía victoriosa de Cristo) u otra fuerza (poder del mal), sin que el desenlace sea aún definitivo.*

Texto y estructura

Aparecen en incesante contraste la mujer y el dragón. La mujer es mencionada en ocho ocasiones¹; el dragón también aparece ocho veces². Ambos son introducidos por el mismo verbo (*fue visto*), identificados como *signo* y el mismo lugar (*en el cielo*). Hay una sucesión de lugares a lo largo del relato:

- La primera escena (vv 1-6) se desarrolla sobre todo en el cielo. Los personajes son la mujer, el dragón y el niño. En el v 4b se alude a la tierra (donde el dragón arrastra una enorme poción de estrellas). En el v.5 el niño es arrebatado al trono de Dios (en el cielo). En el v 6 la mujer huye hacia la tierra, al desierto.

- La segunda escena (vv 7-12) se inicia en el cielo, con un combate entre Miguel y el dragón; prosigue en la tierra, donde es arrojado el dragón (v 9); y retorna al cielo, donde se escucha un himno celebrativo (vv 10-12). Se alternan cielo y tierra.

- La tercera escena se localiza en la tierra (vv 13-18).

¹2, 1.4.6.13.14.15.16.17

²12,3.4.7bis.9.13.16.17

Temática

Destaca la mujer que va a dar a luz al niño. La misteriosa mujer aparece siempre en referencia a su hijo. Grita debido a los dolores del parto (v 2); nuevamente es descrita como la que va a dar a luz (v 4); por fin da a luz un hijo varón (v 5); y más tarde al resto de su descendencia (v 17). La aparición del dragón está en confrontación perenne con la mujer, porque ésta va a ser madre de un niño. Se sitúa frente a la mujer que va a dar a luz, con una intención amenazadora: devorar al niño.

El tema de fondo del relato es la mujer-madre, que provoca la amenaza y la lucha encarnizada del gran dragón. El niño nacido de la mujer es providencialmente puesto a salvo por Dios, pero el combate prosigue. Ante las acometidas del dragón, la mujer-madre es asistida con la ayuda del cielo y de la tierra; resulta victoriosa y un himno en el cielo celebra este triunfo. Se hace ahora patente que esta mujer-madre y el hijo abren su significado a una colectividad. en la tercera escena la lucha persiste, incluso redoblada con saña por parte del dragón, contra los descendientes de la mujer (los cristianos).

Todo el relato mantiene un clima de suspense que se desvela en el último verso: *Y se llenó de ira el dragón contra la mujer, y se fue a proseguir el combate contra el resto de su descendencia, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesús (v 17).* Este verso ofrece la clave eclesial-cristiana, y nombra a Dios, a Jesús, a la mujer y su descendencia. *Se trata de un relato apocalíptico que quiere fortalecer a una Iglesia combatida a muerte por unas fuerzas negativas, corrosivas e idolátricas de origen demoníaco, y que en el colmo de su desesperación se llenan de ira para perseguir cruelmente a la Iglesia.*

El gran signo de la Mujer

Un signo grande fue visto en el cielo: una mujer vestida de sol, y la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza (v 1).

La palabra "semeion" en el NT significa una maravilla sobrenatural que tiene a Dios como causa primera y objeto de contemplación y reconocimiento, es una revelación que necesita ser descifrada.. Aquí se aplica a la mujer y al dragón. Al ser calificado como "grande" se subraya su importancia y la prisa para que sea comprendido.

Este signo aparece ***en el cielo***, lugar donde está el vidente (4,2b). Cuando en el Ap una visión se sitúa en el cielo quiere indicarse que tal acontecimiento ya está decidido y que los hechos narrados tienen su confirmación en los planes de Dios.

El verbo ***fue visto*** es un pasivo teológico; designa una visión sobrenatural provocada por Dios. Parece aludir a Is 7,14: *El Señor mismo os dará la señal: he aquí una doncella que está encinta y va a dar a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel.* En ambas escenas Dios aparece como el agente de la señal; y ésta se refiere a una mujer descrita con dos rasgos:

se encuentra encinta y va a dar a luz un hijo. El nacimiento de este niño traerá la salvación para el pueblo.

El gran signo se refiere a **la mujer**. Con frecuencia la palabra se encuentra en contexto de alianza, caracterizando la relación del pueblo (descrito como mujer) con Dios. También en la literatura judía la mujer asume un sentido colectivo que sirve para designar metafóricamente al pueblo de Dios.

La mujer va *vestida de sol*. Se recuerda que es Dios quien otorga los primeros vestidos a Adán y Eva (Gn 3,21) y que Él mismo se viste de luz como de un manto (Sal 104,2). La imagen del vestido luminoso se aplica con frecuencia a Israel que padece una metamorfosis continua entre mujer y ciudad. La nueva Jerusalén, como esposa de Yahveh, es invitada a vestirse de gloria, de gala (Is 52,1); ella misma declara que ha sido revestida por el Señor con "*ropas de salvación*" (Is 61,10). Reconoce que Yahveh será su luz eterna y por eso se declara: *no se ocultará jamás tu sol ni tu luna menguará (Is 60,20)*. Estamos en pleno contexto nupcial, donde la ciudad de Jerusalén es vista como la mujer-madre del pueblo escatológico. No se puede olvidar aquí el Cantar de los Cantares 6.10: *¿Quién es esa que surge como aurora, hermosa como la luna y limpia como el sol?* La esposa del Cantar fue símbolo predilecto del pueblo de Israel y más tarde de la Iglesia.

También parece aludir al sueño de José (Gn 37,9), quien contempla que el sol, la luna y once estrellas se postran ante él. Este sueño revela que las estrellas son símbolos de las tribus de Israel. En Ap 12,1 **las doce estrellas** con que es coronada la mujer, guardan relación con las tribus de Israel. El sol en el NT alude al mundo de la glorificación. Los justos, tras la última cosecha (juicio final, Mt 13, 40-42) brillarán en el reino del Padre como el sol (Mt 13,43). Dentro del Ap, Jesús resucitado aparece revestido de rasgos que el AT reservaba para Yahveh. Se dice que el rostro de Jesús brillaba como el sol meridiano en pleno apogeo (Ap 1,16).

Así pues, mediante la simbología de la vestidura del sol y de las otras luminarias, Ap 12 está destacando la celestial cualidad de esta misteriosa mujer. A saber: es revestida por Dios, quien le da la túnica de gloria, es amada con predilección, llena de resplandor trascendente, tanto que el hecho de compartir las mismas vestiduras de Dios significa que asume una condición de gloria divina, como el fulgor radiante de la nueva Jerusalén, igual que la belleza de la esposa del Cantar. Todas estas referencias del AT se concentran en la mujer de Ap 12, que es imagen del nuevo pueblo de Dios, encumbrada en el nivel más alto de la trascendencia divina.

El texto continúa afirmando que **la luna está bajo sus pies**. Tener algo o alguien bajo los pies indica el dominio absoluto. La luna desempeñaba la función de regular y determinar el tiempo, la sucesión de los meses y estaciones. Esta mujer posee poder sobre el tiempo. Ya no queda sometida a su devastación ni a su transitoriedad. Vive en una situación semejante a la descrita para la nueva Jerusalem, en donde no existe la luna, porque el brillo lunar ha pali-decido frente a la gloria de Dios y del Cordero (Ap 21,23).

La mujer aparece **coronada con doce estrellas**. La corona es el premio que se

promete a quien se mantenga fiel (St 1,12); y al cristiano se le asegura que cuando aparezca Cristo en la parusía, recibirá una corona de gloria que no se marchita (1Pe 5,4). Pablo usa abundantemente esta señal de triunfo (1Cor 9,25; Fil 4,1; 2Tim 4,8). En Ap Cristo asegura a la Iglesia de Esmirna que si se mantiene fiel hasta la muerte le dará la corona de la vida (2,11); a la Iglesia de Filadelfia la anima a mantenerse en su fidelidad para que nadie le arrebathe la corona merecida (3,11). Los 24 ancianos portan coronas de oro (4,4.10), indicando que su dignidad proviene de Dios, ante quien arrojan reverentemente sus coronas (4,11). El jinete que cabalga sobre el blanco corcel tiene en sus sienes una corona: es Cristo, lleno de toda la potencia de su resurrección, que combate contra las plagas de la humanidad (6,2). El Hijo del hombre porta una corona de triunfo durante la recolección y la vendimia de la tierra (14,14). Sólo en una ocasión Ap refiere la corona a los reyes de la tierra.

En el Ap la corona luce a la recompensa de la eternidad dada por Dios. Esta mujer, adornada con una corona, se sitúa según el Ap en la escatología.

La corona está hecha de **doce estrellas**. Las estrellas se aplican a la Iglesia en su estado glorioso (Ap 1,20). La Iglesia es vista como un candelabro con vocación de estrella. Al decir doce, lo aplica a las doce tribus y a los doce apóstoles. en la visión de la nueva Jerusalén se habla de la configuración del muro grande y elevado que tiene doce puertas: son las doce tribus de Israel (21,12); y estas puertas están orientadas hacia los cuatro puntos cardinales. No es la Iglesia un recinto cerrado, sino una ciudad abierta (21,13). La misma muralla es descrita como asentada sobre doce piedras que llevan los nombres de los doce apóstoles del Cordero (21,14): es la Iglesia apostólica fundamentada sobre Cristo: es la única Iglesia universal, el verdadero pueblo de Dios, formado por la mejor herencia del AT y la aportación del NT (Ap 4,4).

Una Madre anunciada

Y está encinta y grita con dolores de parto y con el tormento de dar a luz (v 2).

Todo se concentra ahora en esta mujer, contemplada en su función materna, en su parto inminente. Esa mujer, imagen del pueblo de Dios, es madre fecunda de un hijo. La mujer está en estado (Nm 11,12; Is 26,17s; 33,11). Entre el estar encinta y el dar a luz hay toda una serie de verbos que acrecientan sus gritos, dolores y angustias.

La mujer "**grita**", un verbo que significa gritar con fuerte voz o suplicar con vehemencia. En el Ap aparece con un doble sentido: grito de petición a Dios, tal como lo hacen los mártires, pidiendo venganza por su sangre derramada (6,10); y sonora proclamación del poder salvador de Dios y del Cordero (7,10), del cumplimiento de los decretos divinos (7,2; 10,3; 14,15; 18,2; 19,17) de la caída de Babilonia (18,18). El clamor de la mujer asume ambos sentidos: grito de dolor por el parto que se avecina y suplica a Dios para que la socorra en tan difícil prueba.

La mujer se debate entre **dolores**. El verbo aparece en Gál 4,27, donde se aplican los

dolores del parto a una mujer que es madre y es ciudad, "*la Jerusalem de arriba, que es libre y es nuestra madre*" (cfr Is 54,1).

Los dolores de parto son una imagen usual en el AT para indicar el preludio de la era mesiánica. La hija de Sión grita como una parturienta que gime en medio de dolores (Jr 4,31). Jerusalén es comparada a una mujer que va a dar a luz en medio de dolores (Jer 13,21; 22,23). La metáfora es comentada por Is 13,8; en referencia al pueblo de Dios en Os 13,13; y sobre todo en Is 26, 17-18. Estos pasajes se corresponden con las profecías del nacimiento escatológico de Is 66,7ss y de Miq 4,9s; 5, 1-2. En todos estos casos el contexto se refiere a una comunidad del pueblo, vista como una mujer que va a dar a luz.

Por tanto, Ap 12,2 ha hecho una síntesis; ha condensado la larga secuencia de un parto tremendamente doloroso, pero felizmente logrado. La imagen de parto se refiere, pues, a esa angustia que preludiará la eclosión de un tiempo salvífico caracterizado por el nacimiento de Cristo; y también rubrica la seguridad de que ese tiempo acontecerá en la historia y de forma irrevocable.

Pero si los términos empleados para expresar el doloroso proceso de una mujer parturienta están tomados todos de los profetas, ahora utiliza un verbo (*basanizo*) que significa infligir un tormento, reservado por Dios a los idólatras o pecadores (Sb 11,10; 12,23; 2Mac 1,28; 1Sam 5,3); o torturas intemporales con que son moritificados los impíos en la otra vida (Ez 22,24.30). En el NT se amplía la gama a tormentos físicos (Mt 8,6), espirituales (2Pe 2,8), dirigidos también a los demonios (Mt 8,29).

Este verbo aparece cinco veces en Ap, de las que cuatro se refieren a los tormentos infligidos por Dios a los demonios, a los impíos y los condenados (9,5; 11,10; 14,10; 20,10). Así pues, esta expresión aplicada a la mujer, se revela a primera vista demasiado fuerte. Señala la tremenda atrocidad de su dolor; parece que fuera castigada por Dios, condenada en vida a sufrir por ser madre. La mujer asume esta extremada angustia física y moral, con tal de dar a luz al niño. Pero no son dolores limitados al instante del nacimiento del hijo, sino al cumplimiento de su misión: abarcan toda la vida de la madre.

El verbo *dará a luz* aparece en tres versos cuatro veces, y el vocablo "hijo/creatura" dos veces. El verbo declara explícitamente que va a dar a luz. La función de la mujer se concentra en ser madre, alumbrar a una criatura cuyo nacimiento va a provocar la génesis y el desenlace de todo el drama apocalíptico.

Y fue visto otro signo en el cielo: he aquí un gran dragón rojo que tiene siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cabezas siete diademas, y su cola arrastra la tercera parte de las estrellas del cielo y las arrojó sobre la tierra.

El dragón es símbolo que en el v 6 será descrito por medio de algunas alusiones bíblicas (la serpiente de Gn 3, 1-4; el Diablo y Satanás el gran seductor. Misteriosa realidad que se sitúa por debajo de la trascendencia divina y por encima de la historia humana. En el NT aparece trece veces, siempre dentro del AP (12,3.4.7.9.13 16.17; 13, 2.4..11; 16,13; 20,2). Es una apelación con que los proverbiales enemigos del pueblo de Dios han sido caracteri-

zados a lo largo de la historia de la salvación. Así ha sido caracterizado Nabucodonosor (Jr 51,34) y el faraón de Egipto (Sal 74, 13.14; Ez 29,13). El vocablo dragón califica a todo perseguidor del pueblo de Dios.

La Mujer frente al dragón

El dragón aparece como un **gran signo**, pero de carácter negativo, contrapuesto a la mujer. En cuatro textos del Ap los signos son efectuados por potestades malignas. La segunda bestia hace "grandes signos" para engañar a los habitantes de la tierra a fin de que adoren a la primera bestia (13, 13.14). Los espíritus endemoniados también hacen señales para convocar a los reyes de la tierra y reunirlos con el objetivo de combatir contra Dios (16,14); en 19,20 se habla retrospectivamente de las señales que había hecho la segunda bestia. Según se desprende de estos cuatro pasajes, los signos están puestos al servicio de un objetivo idolátrico: adorar el poderío de la primera bestia, el anticristo. En Ap existe una trinidad infernal, compuesta por el gran dragón, la primera bestia, la segunda bestia o falsos profetas, que trata de combatir a la Iglesia, usurpar el nombre de Dios y anular la adoración que sólo a Dios se debe. Contra la Iglesia se enfrentan unos poderes históricos, cuyo origen último es demoníaco.

Su enorme desproporción viene indicada por los adjetivos grande y rojo. Se dice que es de color rojo fuego, incendiario. Arrastra una tercera parte de las estrellas, atenta contra la vida del niño, combate contra Miguel, acecha contra la descendencia de la mujer, se encuentra en permanente estado de lucha contra la descendencia de la mujer. Es el carácter del diablo en el corpus joánico: homicida y asesino de hombres (Jn 8,44; 1Jn 3,12-15).

El dragón tiene **siete cabezas**, la suma inteligencia. Y tiene **diez cuernos** -que son símbolos del poder- cifra semejante a la primera bestia y a la gran prostituta; lo mismo que la bestia descrita por Daniel. en la visión del profeta se ofrece ya la clave: estos cuernos quieren decir diez reyes. el dragón es rey, pero no rey absoluto; ejerce un dominio cruel más limitado. Posee un poder desmesurado a nivel terrestre, pero inferior al de Cristo, el Cordero que tiene siete cuernos -cifra de la plenitud- (Ap 5,6).

Se corona con **diez diademas**, que son las insignias típicas de un rey. En el cuarto evangelio Satanás es descrito como príncipe de este mundo (Jn 12,31; 14,30; 16,11). A lo largo del Ap se desarrolla un combate entre Cristo y su tropa de cristianos fieles (19,16) contra el gran dragón que concede poder a sus satélites.

La acción del dragón que relata Ap se inspira en Daniel: *El cuerno creció hasta alcanzar el ejército de los cielos y arrojó a tierra parte del ejército y de las estrellas y las pisoteó con sus pies (8,10)*. La imagen pretende expresar la autodivinización de Antíoco Epífanes, que profanó la religión y persiguió al pueblo. El gran dragón tiene una tendencia a autodivinizarse y profanar la historia con toda clase de perversiones. El Dragón es toda fuerza que hostiga a la Iglesia y pretende apartarla con violencia de su destino de salvación.

El dragón se puso en pie ante la mujer que iba a dar a luz, para en seguida que diese a luz, devorar a su hijo.

El dragón se alza en actitud arrogante. La mujer se encuentra en apuros, angustiada por los dolores del parto, indefensa ante una potencia descomunal con intenciones asesinas. Además, el dragón no va a conceder la mínima tregua, va a devorar al niño en cuanto nazca. el paralelo más claro se encuentra en Jr 52,34, durante la proclamación de un extenso oráculo contra el poder avasallador de Babilonia, cuando Jerusalem se queja ante el Señor: "*Me comió, me arrebañó, el rey de Babilonia, me devoró como un dragón.*"

¿Quién es el Hijo varón?

Y dio a luz un hijo varón, el que ha de pastorear a todas las naciones con cetro de hierro, y fue arrebatado su hijo junto a Dios y junto a su trono.

Hay una redundancia al señalar el fruto del alumbramiento, pues se dice "un hijo" y luego se añade la palabra "varón". Ambas palabras se refieren a una realidad individual y colectiva. La individual alude a Cristo; la colectiva a los cristianos (Ap 12,17). Este hijo es determinado en seguida con una cita del Salmo 2. Este niño es Cristo en su oficio de pastor. Pero bruscamente el hijo es arrebatado al trono de Dios, arrancado de las garras del dragón y salvado milagrosamente a la trascendencia divina (el trono). Aunque nacido en la tierra, este hijo varón pertenece por origen y destino a la esfera divina. El dragón, burlado, se enfurece contra la mujer, que huye y se refugia en el desierto: lugar de tentación y de caída y espacio de relación íntima entre Dios y el pueblo. Aquí el desierto es el lugar preparado por Dios para escapar de las acechanzas del dragón y ser providentemente alimentada, tal como ocurrió con el pueblo en el desierto con el maná (Ex 16; Dt 8,2). Esta protección y alimento serán dispensados durante un tiempo limitado: 1260 días.

Tradicionalmente, quienes optaban por una interpretación mariológica, se inclinaban por considerar el nacimiento de Jesús en Belén. Otros hablaban de un doble nacimiento: en Belén y en la resurrección/ascensión. Otros, por fin, se refieren sólo al nacimiento pascual. Los escritos de Juan no se preocupan del nacimiento humano de Jesús, sino más bien en el misterio de la muerte/resurrección. Parece que Ap alude a dos pasajes de Isaías (26,17; 46,7) relativos al nacimiento metafórico del pueblo de Dios. Y acuden a Jn 16,19-22 en que Jesús anuncia a sus discípulos los dolores de la pasión como una mujer parturienta. Esa mujer sería María/La Iglesia que da a luz al Mesías entre los sufrimientos del Calvario. No convence esta última interpretación. La clave está en el v. 17: se trata de mantener la esperanza de los que siguen aún luchando, la Iglesia de los testigos del Testigo fiel. Los cristianos han vencido porque *despreciaron su vida hasta la muerte (v 11)*. Aunque el dragón los persigue para matarlos, éstos tienen una certeza y un modelo de victoria en Jesucristo, que no sucumbió a las acechanzas demoníacas, sino que se ha mantenido fiel y ha sido librado por Dios.

Ap 12 no habla exclusivamente del nacimiento pascual de Jesús, sino que presenta un resumen de la existencia de Jesús: su nacimiento de María en contexto de persecución, sus

años de infancia, buscado por Herodes el Grande, enemigo de la Iglesia naciente, las persecuciones desatadas contra él durante su vida pública y los sufrimientos del calvario donde muere. Presenta la vida de Jesús como una existencia amenazada desde el principio al final, pero protegida por Dios.

La Mujer en Caná. Jn 2, 1-12

No se trata de la narración de un convite de bodas; sobre el entramado de este banquete, Jn ha elaborado todo un mensaje cristológico, donde se muestra a Jesús como el nuevo esposo de la comunidad eclesial, a la que da en abundancia el vino de su revelación. La precisión temporal *al tercer día* sitúa el episodio en un contexto de alianza, pues se recuerda que *al tercer día Yahveh reveló su gloria a Moisés y el pueblo creyó en él (Ex 19,11)*. Estas palabras configuran el relato, pues aparecen al principio y al final (2,1.11). Y este tercer día enlaza con los acontecimientos de Pascua, cuando Jesús, en abierta confrontación con los judíos, afirma que aunque destruyan el templo, él lo levantará al tercer día (2, 19-20). El evangelista comenta que Jesús se refería al templo de su cuerpo, y que los discípulos lo recordaron (=lo comprendieron plenamente) al resucitar Jesús de entre los muertos (2, 21-22).

María es designada en dos ocasiones como la madre de Jesús (2,1.2). Pero después, contra el uso habitual, Jesús la llama *mujer*, con un nombre que la acerca a la Sión escatológica. Le dirige también una frase: *¿Qué hay entre tú y yo, mujer?* (2,4), tratando de marcar las distancias e intentando alzar a María desde su función familiar a su papel teológico de mujer que está llamada a desempeñar. Viene luego por parte de Jesús una pregunta retórica: *¿No ha llegado todavía mi hora?*, frase que equivale a una afirmación: ya ha llegado la hora de Jesús, el comienzo de su manifestación mesiánica.. Este inicio de revelación se da en Caná y continúa durante todo el evangelio, hasta culminar en la hora de la muerte/glorificación. De esta manera el relato de Caná está apelando al Calvario, en donde se revelará del todo quién es esta mujer.

Hay que subrayar el contexto de alianza en que se desenvuelve la mención de la mujer/María, que se presenta a la vez como imagen del pueblo de Dios y fiel discípula del Señor. Ella responde: *Haced lo que él os diga*³, expresión que transparenta una completa obediencia a Dios. Por eso Jesús no la llama ya sumadre, sino mujer. No se trata de un término de rechazo, sino que pretende elevar la categoría de María: ya no es sólo aquella doncella de Nazaret, la madre física de Jesús, sino que es también y ante todo la mujer, a saber, la representación del pueblo fiel de Dios. A través de sus palabras, la mujer hace una profesión de fe en la todopoderosa palabra de Jesús (a quien ella ve no como un hijo natural, sino la presencia visible de Yahveh) y le manifiesta una total disponibilidad. María, llamada mujer por Jesús, asume un papel tipológico. Y hace de mediadora: igual que Moisés se situaba ante Yahveh y el pueblo, ella se coloca entre Jesús y los servidores; abre un puente de salvación entre Jesús y los hombres.

3. Tales palabras están en relación con la orden que el Faraón repetía a los egipcios, cuando éstos le pedían pan para remediar la carestía: *Id a José y haced lo que él os diga (Gn 41,55)*. Pero se pueden rememorar hasta otros doce textos donde el pueblo de Israel promete plena obediencia a Yahveh, en contexto de alianza, sea en su juramento, o en la renovación. Por ejemplo: *Todo el pueblo respondió a una: Haremos todo cuanto Yahveh ha dicho (Ex 19,8)*.

La Mujer en el Calvario

Una atenta observación encuentra algunas afinidades entre Caná y la escena del Calvario. Son dos relatos íntimamente relacionados. En ambos se reitera la mención de la madre de Jesús (2,1.2; 19,25), y también la palabra mujer (2,4; 19,26). En el Calvario culmina aquella hora que arrancó en Caná (2,4), pues con su muerte/resurrección Jesús cumple su hora (13,1). En los dos pasajes se acentúan las dimensiones mesiánica, eclesiológica y mariológica.

En la narración del Calvario, se da el esquema de revelación. Juan comunica su mensaje con los recursos de un modelo literario que contiene tres momentos: a) visión de un personaje, indicado por su nombre; b) aparición del verbo *decir*; c) uso de la partícula *he aquí* que revela una nueva tarea del personaje.

En el Calvario, Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice: *mujer, he aquí a tu hijo... he aquí a tu madre*. Se trata de una fórmula de revelación, mediante la cual Jesús tiene un mensaje profundo que comunicar y una tarea nueva que asignar: la función maternal de María dentro de la Iglesia. Jesús confía su madre al discípulo, llamándola mujer, apelación que tiene resonancias comunitario/eclesiales. Y se repite *he aquí*. La nueva función otorgada por Jesús se refiere a la mujer y al discípulo, y éste queda reconocido en el hijo de la madre de Jesús. María es figura de la Iglesia-Madre, la nueva Sión, en la cual ingresan los hijos de la Nueva Alianza. Esta es la voluntad del Padre, manifestada por Jesús para la comunidad del Nuevo Israel, la Iglesia.

María es madre de la vida de Cristo, generándola en todo discípulo, a quien Jesús ama. Y se llama mujer, porque realiza la misión del nuevo pueblo de Dios que es contemplado con frecuencia como mujer y pueblo (Is 43, 5-6; 49,18; 56, 6-8; 60,4; Jer 31, 3-14; Bar 4, 36-37; 5,5): engendrar a Cristo, el Mesías, para la salvación del mundo.

Existe también una nueva función para el discípulo: éste la acoge en su intimidad desde aquella *hora*, a partir de la muerte y resurrección de Cristo, quien ha hecho posible tal donación maternal y tal filiación espiritual entre María y sus discípulos. Jesús constituye la comunidad del nuevo pueblo mesiánica, formado simbólicamente por las dos personas presentes en la cruz. Entre María y Jesús existe una relación de maternidad que se prolonga en el discípulo. Esta maternidad hace de María la mujer, la que se identifica con la comunidad escatológica, la que da a luz en el tiempo a Cristo, a saber, alumbrando y acrecentando la vida de Jesús dentro de la Iglesia.

Conclusión

Ap 12 debe interpretarse en clave eclesial y mariológica. Una interpretación mariológica sin clave eclesial dejaría a la Virgen en una soledad vacía, como figura excelsa pero aislada, continuo riesgo que tan felizmente evitó el Vat II y que ya para siempre debe ser

conjurado. Una interpretación eclesiológica sin referencia a María, haría de la Iglesia un concepto demasiado vago. Para los cristianos, esta interpretación mariológica ayudará a ver en la Iglesia una realidad más cercana y creíble, que se ha verificado históricamente en ese hijo varón y en la mujer concreta que le dio a luz en el dolor, su madre, la Virgen María. Ésta continúa dando a luz a los cristianos, hermanos de Jesús. Así cumple su misión materna. La Iglesia se mira en María, sigue dando a luz a Cristo en el mundo. Todo cristiano, como Pablo, *sufre dolores de parto, hasta ver a Cristo formado (Gál 4,19)*.

Para infundir aliento vital a una Iglesia perseguida se escribió el Ap. La Iglesia de hoy, la que es perseguida con mayor ferocidad, pues ya queda poco tiempo, por el gran Dragón y sus satélites -todo centro de corrupción y de opresión humano religiosa-, leyendo Ap 12, puede contemplar esta visión conjunta de Cristo y la mujer, un estímulo entusiasmante que le ayude a superar el combate de la fe, combate que ambos ya han librado victoriosamente. La persecución y la lucha a muerte son los signos inevitables que acompañan durante su devenir a la única Iglesia de Cristo. Pero más adentro todavía de su fe, se siente poderosa y consoladoramente fortalecida. Tiene la Iglesia de todos los tiempos en María una presencia maternal que le acompaña en el dolor y la persecución, para resultar vencedora igual que Jesús, y compartir con él el trono de gloria (Ap 3,21), en una situación de plenitud ya alcanzada. Esta meta es entrevista en la mujer revestida de la vida del mismo Dios, anticipo de la salvación escatológica, y que ha pasado por todos los trances de la humana amargura que comporta una existencia entregada por completo a Cristo: se trata de María, la mujer, la madre de Jesús y emblema vivo de la Iglesia.

Hna. María Ángeles Clavo O.I.C.
Monasterio “Jesús María” - Valladolid

